

forma y significado en cristina gigirey

A lo largo de la última década y la mitad de la actual, la popularidad de la danza en San José ha alcanzado tal fuerza que suele llamarse a este nuevo fenómeno de la vida cultural como "la explosión de la danza". Sorprende la concurrencia, el número de representaciones y la diversidad de estilos. Hay seis fuentes estables generadoras de danza; Danza UNA, Abend, Danza Universitaria, Guindolas, Compañía Nacional de Danza y Festival de Jóvenes Coreógrafos, al que se suma Condanza. Y en la línea del folclor estilizado, el Ballet Danzas y Tradiciones de Mireya Barboza.

Graciela Moreno, directora del Teatro Nacional, admite que la danza ha dejado de ser un arte de minorías y que hoy ejerce una atracción especial no siempre igualada por el teatro costarricense.

Uno de los símbolos de este fenómeno es Cristina Gigirey, cuya sucesión de espectáculos *Abend* incluye obras de gran calidad formal y dramática como *Hommage*, *Oroño*, *Páginas íntimas*, *Las Madres*, *Aquella mujer* y *Aquel soldado*.

Cuando Cristina Gigirey, hacia 1983, llevó a escena *Abend I*, dejó de ser una reliquia para convertirse en una artista viva. No más la respetada maestra que formaba cuadros técnicos y enriquecía repertorios de diferentes grupos. Abajo el mito que la encasillaba como pedagoga. Ahora el tiempo para ser bailarina, coreógrafa y maestra como un trinomio indivisible. Quería crear y bailar

en independencia y eligió *Abend*, un elenco que se integra al rededor de un trabajo que dirige y armoniza Gigirey, nunca una compañía.

En estos dos últimos años, cuatro diferentes espectáculos confirman que en ella se conjugan vigor, vitalidad, pasión, lucidez y talento. En absoluta independencia y austeridad —sin el amparo de la corte oficial del Estado-cultura— Gigirey ha hecho arte.

En triple rima: independencia, creatividad y honestidad, ha conjugado diferentes temporadas que demuestran cuán falso es el pretexto del presupuesto oficial como requisito para hacer danza en el país.

Gigirey es la mejor respuesta a la orfandad: *Abend I* en agosto de 1983; *Abend II* en febrero y mayo de 1984, en México y San José, respectivamente; *Abend III* en setiembre de 1984, al que sumó dos estrenos: *Aquella mujer* para Guindolas y *Aquel Soldado* para Danza UNA, y *Abend IV* en mayo de 1985.

Independientemente de la bailarina y la maestra, vetas que merecen un comentario posterior, Gigirey es una de las creadoras más importantes de la danza actual. En sus obras hay conceptos y arquetipos, no descripciones literarias ni ilustraciones. En su repertorio de 11 años de estadía en San José, la coreógrafa ha proyectado una evolución en dos diferentes líneas: lírica y dramática. En la primera se perciben influencias del neoclasicismo y el neoromanticismo, mientras que la segunda está anclada en la influencia conceptual de la Alta Escuela Alemana, en las enseñanzas de Ivonne Georgi, discípula de Mary Wigman y Palucca.

En ella sobreviven dos líneas creativas: los ballet sin argumento donde el movimiento no tiene otro fin que ser apreciado en sí, y las obras simbólicas, intelectuales y técnicamente difíciles por la fuerza e ímpetu de la interpretación que exigen al bailarín.

En ambos casos, Gigirey descarta las preocupaciones literarias, ajenas a la esencia misma de su danza, al preocuparse por la calidad del movimiento en sí mismo o en fines dramáticos, según la línea creadora que elija.

Como creadora, Gigirey desarrolla una técnica del movimiento como lenguaje coreográfico. Como maestra, su "training" es puro y simple, sin amaneramientos. Y como coreógrafa, al marcar un estilo, maneja los movimientos en forma muy particular, al otorgarles un estado interno emocional que la caracteriza. *Proceso* revela esa emoción, al igual que *Páginas* o *Las Madres*.

En toda obra, Gigirey liga la música y la danza como entidades que coexisten como una unidad en cada representación.

Su dramatismo no es una negación de la vida sino una exaltación de sus poderes. En sus danzas el significado es inseparable del movimiento porque en Gigirey el universo estético no vive al margen del sentido.

No se pueden "leer" de la misma manera sus obras líricas y dramáticas. No creo que Gigirey sea oscura: es complicada en su sencillez. Su sintaxis es intelectual. Sus mejores obras encierran valores morales y trágicos, líricos y bellos. En ellas hay delirio, confesión, reserva, blasfemia, alabanza, canto y examen, todo presidido por una conciencia que desea transformar la experiencia vivida en sabor espiritual. Una ética de trabajo, un carácter

riguroso, una conciencia artística. ¿Es poco? Yo diría que es más que suficiente.

Con *La casa de Bernarda Alba* se etiquetó su creatividad. Se creyó que era la cúspide y que como creadora se había agotado. Pero la artista se dio un autogolpe de estado y saltó con mayor vigor y libertad que nunca. Demostró que no había llegado al límite sino que con un lenguaje propio podía asumir nuevos retos.

Me parece imposible que no se valore el hecho de que sea una artista que se conoce a sí misma y se enfrenta con lucidez. Gigirey no le preocupa la trampa de la originalidad ni la novedad sino la continuidad de su evolución. Cada espectáculo es un paréntesis para nuevos puntos de partida, ligados con su última obra. Esa coherencia marca un estilo.

La creadora ha hecho algunas de las obras más intensas de la breve historia de nuestra danza moderna. Penetran e iluminan, nos ayudan a reconocernos. Por supuesto, no todas poseen la misma intensidad. Para mí son centrales *Bernarda*, *Proceso*, *Aproximaciones 1, 2, 3*, *Hommage*, *Otoño*, *Las Madres*, *Aquella Mujer*, *Aquel Soldado*. Otras obras me satisfacen menos. Pero no quiero ser tajante: ¿cómo olvidar *Páginas íntimas* (desde una ventana) y *Ostinato*?

En todas ellas hay algo que es común: coherencia en su evolución. En esto y no en su lenguaje reside la modernidad de su obra.

¿Un estilo trasplantado? ¿Porqué ser tan localistas y absurdos? La danza es una y cualquier línea o corriente aporta posibilidades de movimiento y ensancha los límites expresivos del coreógrafo y del bailarín.

En *Proceso* trascendió los regionalismos que contaminan el tango para darnos un trabajo hilado con deleite, en un espacio perfectamente marcado a lo largo de siete cuadros: despertar, camino, crisis, lucha, oración, exilio y regreso.

En *Las Madres* puso de manifiesto su acertado sentido musical, la pureza y unidad dramática de que es capaz al manejar el movimiento de conjuntos (dúos, cuartetos y marchas alusivas a la Madre Coraje de Brecht, La Madre de Gorki y Las Madres de Mayo).

En *Hommage* hizo una joya al llevar a escena un estudio sobre la pureza formal de su concepción coreográfica. Exquisita en el contraste de movimientos lineales y ondulantes, fluida y continua en la limpieza de las formas.

En *Bernarda* había cualidades dramáticas, excelente diseño, dificultad técnica y mucha danza. En *Aquella Mujer* había elaboración de caracteres, implicaciones psicológicas y fuerza protagónica. En *Aquel soldado* retomó la complejidad de la interpretación técnica y la veta dramática que la caracteriza.

Una señal distinta de su talento ha sido su habilidad para absorber estilos y motivos de otros tipos de danza: expresionismo alemán, neoclasicismo, neoromanticismo o flamenco. Y al revisar su repertorio, el espectador puede valorar que la danza de Gigirey ha evolucionado en ciclos alternativos de danza pura y expresividad dramática. Forma y significado distinguen a la artista uruguaya.